

I.

**5 DE NOVIEMBRE DE 1996, CAMPAMENTO DE SAN MIGUEL,
BAJA, MÉXICO**

Con la primera luz de la mañana puse agua en la tetera, encendí el hornillo y salí de La Casita Viajera para mirar el mar y ver qué había pasado con las olas por la noche. Al atardecer, en la orilla opuesta, cerca de la ciudad de Ensenada, había visto que los dos metros escasos de marejada de oeste que entraban durante los últimos cinco días habían bajado a medio metro. Miré hacia la isla de Todos Santos, a unas diez millas de la bahía, pensando que posiblemente todavía hubiera olas decentes hacia el faro cerca del arrecife Killers. Por un momento, pensé en contratar a un pescador para que me llevara allí, pero decidí pasar el día preparando mi caravana, la Casita y la recia caja de una ranchera Ford F350 4x4 diésel sobre la que se asienta, preparada para el duro viaje a la península Baja.

Cinco días en el campamento de San Miguel eran más de los que había previsto, resultado de mi antigua regla de viaje que dicta que uno nunca debe alejarse de un buen día de surf. Ahora, con el deterioro de las condiciones y un empeoramiento en el factor multitud, estaba ansioso por largarme. Ensenada, a poco más de una hora al sur de San Diego, es en muchos sentidos una extensión de los Estados Unidos, un lugar y un estado mental que había decidido dejar atrás.

Muy posiblemente Christopher había pasado por aquí y acampado en este mismo lugar a la vista del rompeolas. Sobre todo si las condiciones para surfear eran buenas el día que atravesó la frontera de Tijuana: San Miguel está bien a la vista de la autopista hacia el sur; con olas a la altura del hombro o mejores, es difícil pasar de largo.

Hay un viejo expatriado que vive en una cabaña sobre San Miguel, un tipo llamado Tony, Big Tony. Le enseñé la foto de Christopher y me dijo que le resultaba familiar, aunque de hace mucho tiempo. Podía ser. Por lo que sé, ya llevaba el sur en la cabeza en el 92. El sur era la dirección natural para desaparecer, una derrota sin retorno para quienes estaban seriamente decididos.

Te diré algo: las cosas están jodidas en el norte y van a peor.

Las últimas mañanas en Montauk me levantaba con malas sensaciones sobre lo que iba a deparar el día. Bajaba a la playa, a *mi* playa, para averiguar qué iba a ofrecerme el océano, qué surf iba a haber aquel día.

Hay una ola cristalina que me llega, digamos, al pecho; nada épico pero suficiente para aclarar las ideas, un regalo de un sistema de bajas presiones que rebota por la costa de Carolina. Ni siquiera es fin de semana y ¿con qué me encuentro? Banqueros y abogados de grandes empresas con sus tablas de surf: otra moda dañina de la gente guapa y un signo evidente de que los tiempos van a peor. El sol apenas agrieta la orilla y allí están, un ejército de emigrantes de los Hamptons orientales, en el aparcamiento conectados con sus móviles de última generación en BMW y Rovers equipados para llevar tablas de surf, lo último de todo y una plaga para el paisaje.

Y ahora —después de tres mil eternas millas y tras haber lidiado con dos crisis mecánicas, un ataque de ansiedad al acampar en una estación de tren abandonada en Pumpville, Texas (Población 0, Bienvenido, según el cartel); la fiesta salvaje de unos vaqueros de rodeo retrasados en la ciudad fronteriza Del Río, Texas; una muela reventada de noche con la consiguiente endodoncia de emergencia en Tempe, Arizona— después de aguantar todo eso, estoy en un país extranjero, con una nueva vida, y todavía siguen las gilipolleces, esta vez en forma de ciertos californianos abiertamente agresivos que vienen atravesando Tijuana en excursiones de un día o un fin de semana para llenar la playa de mierda y buscar problemas.

La tarde después de mi llegada, por ejemplo, estaba entretenido en una sesión de olas de un metro pasado en frente de mi tienda, una forma de «marhabilitación», como llaman mis amigos pescadores al tiempo en el agua, con sus efectos terapéuticos que lo curan todo. Estaba un poco tembloroso del viaje por carretera a través de todo el país, unido a los efectos residuales de mi ataque de ansiedad en Pumpville; me barrió una ráfaga de irrealidad que apareció de la nada mientras estaba preparando un bocadillo en La Casita.

Para un cabeza hueca nervioso y rodeado de tierra, las majestuosas montañas púrpuras e interminables y las ambarinas olas de cereales del interior que atravesé durante días sin fin no significaban más que un momento de claustrofobia y la distancia entre dos océanos. Para cuando llegué a las reliquias desmoronadas del viejo Nuevo Oeste, mi deseo de mirar a la infinita y tranquilizadora perspectiva del horizonte marino —de volver a conectarme con el Gran Azul— se había convertido en una necesidad desesperada. La fiebre de la línea blanca y el demasiado pensar habían supuesto un peaje psicológico extremo.

En el pico siempre encuentro un buen punto ventajoso desde el que analizar objetivamente mi situación y mis opciones. La perspectiva iluminadora es en parte el resultado de un inviolable aislamiento (a los entrometidos se les reconoce al instante) y en parte a los efectos de un entorno aqueo y uterino en su seguridad, su sencillez, su calmante movimiento, su grato murmullo relajante; circunstancias que creo que te ponen en contacto con la sabiduría del subconsciente. Y así funciona contra la tristeza, la depresión, la ira, cualquier baja del espíritu que se te ocurra. En cuanto toco el agua con la tabla, se elevan mi visión y se clarifican mis procesos de pensamiento.

El efecto rehabilitante del mar de aquella sesión maratoniana de surf empezaba a notarse cuando un recién llegado de la Costa Oeste me saltó la ola e inmediatamente se levantó en la pared que yo venía surfeando, una ola con la que yo ya me había compro-

metido. Apareció de la nada en mi camino y el esfuerzo instintivo para evitar la colisión hizo que cayera de culo en unas piedras superficiales en la zona interior de San Miguel donde tiende a cerrarse como una locomotora y a baja profundidad. Dejé pasar este comportamiento inaceptable, pero cuando lo repitió dos olas después, me puse a remar y tirando de mi todavía útil español de mis tiempos de traficante de marihuana, le dije algo sobre que si el hecho de que yo surfeara detrás de él, en la parte más rápida y poco profunda de la ola, y en conjunto la parte más interesante, suponía un problema quizá deberíamos discutirlo fuera del agua.

Como sospechaba, el tipo no hablaba español, así que cuando iba a decírmelo le repliqué con tono de sorpresa que había asumido que era mexicano porque asumía que la ola era de su propiedad. Cuando la situación estaba a punto de deteriorarse completamente, Big Tony apareció remando y rápidamente me lo presentó; Harry o George o Carapolla, quién sabe y qué más da cómo se llamara. Tony había visto como se desarrollaban los acontecimientos y había venido a calmar los ánimos antes de que pasara a mayores. Tony, un ejecutivo inmobiliario en sus cuarenta, había experimentado su propia epifanía liberadora después de perder el trabajo al negarse a participar en la venta de un terreno lleno de basura tóxica a unos promotores despistados. Su larga permanencia en la zona como surfer, además de su robusto uno noventa de estatura lo habían convertido de facto en una especie de protector de la paz. Aunque la tensión se relajó con el apagad-los-motores implícito en la presentación de Tony, una cierta cantidad de mal rollo se quedó merodeando y se infló con una pelea que presencié en la cantina de Ensenada dos noches después por un incidente en el agua.

Con el primer café en la mano miré a mi perra, *Shiner*, dormida en su sitio favorito bajo la parte trasera derecha del camión, donde está firmemente sujeta mi rueda de repuesto Goodyear All Terrain bajo La Casita. Uno ojo, el de la mancha negra se abrió y me saludó con un débil movimiento de la cola —una combina-

ción de «buenos días» y una indicación de que a pesar de las apariencias lo tenía todo bajo control— entonces cerró el ojo y siguió durmiendo.

Habían llegado otras tres caravanas por la noche, pickups tochos totalmente equipados para ir fuera de pista y con portatablas sujetos a las barras. Los típicos viajeros de Baja, van juntos con la teoría de que cuanto más sean más seguros estarán. Estaban cubiertos de los pies a la cabeza de una capa espesa de polvo rojo de Baja, lo que significaba que regresaban hacia el norte desde el extremo sur de la península. Las tablas y los cuerpos metidos en sacos de dormir estaban repartidos por la playa de piedras desparramadas y negro carbón entre una vieja pared de piedra y alambres y una línea de postes tirados; tan pronto estuvieran conscientes les preguntaría por las condiciones de la carretera y el surf en el sur, así como de la situación con los *bandidos* y los *federales*. Aunque en principio sean bandos opuestos, un encuentro con cualquiera de ellos puede tener el mismo resultado: ver de cerca un orificio alargado seguido de un aligeramiento de recursos, sino de algo peor.

También les preguntaría por Christopher, si se habían cruzado con él en sus viajes, aunque mi hipótesis de trabajo era que su amor por el agua caliente, unido al gusto que le tomó a los bosques tropicales mientras estuvo con la infantería en Vietnam le debían haber llevado a latitudes mucho más al sur, a Centroamérica.

Había participado en duros combates y había regresado herido, pero en lugar de obsesionarse con el horror de Nam, él se acordaba de la belleza edénica de la jungla y describía con una sonrisa seráfica cómo al disparar la artillería y los morteros se iluminaban los bosques primarios por la noche en escenas deslum-

Las palabras en cursivas como 'bandidos', 'federales', 'llano', 'viajero', 'norte' y otras, aparecen en español en el original inglés.

brantes y surrealistas, como en una celebración de fuegos artificiales.

Ésta es la clave, hay que entender a Christopher Conner. Es tanto su fortaleza como su debilidad lo que de algún modo le ayuda a encontrar un aspecto positivo en una situación aparentemente insostenible. Le habían destrozado la cara en una lluvia de fuego, pero al volver sobre esa horrible experiencia, ajustaba su visión para excluirlo todo, excepto aquello que le gustaba. Lo malo es que cuando se concentra en algún absurdo lado positivo en medio de una tormenta horrorosa, se le puede pasar por alto la manera de desenredar la situación. Lo sé bien en carne propia.

Mi amistad con Christopher viene de mi descubrimiento del surf, allá por el verano de 1966. Hice una excursión a Manhattan desde los suburbios del interior para ver un documental llamado *The Endless Summer*, la historia de dos jóvenes californianos que daban la vuelta al mundo en busca de la ola perfecta. La película me impresionó de tal manera que me quedé y la volví a ver, y luego regresé dos días después y la vi dos veces más. Hasta ese día, lo único que sabía del surf eran las escenas de playa y música surf en las películas de Hollywood sobre California en los sesenta, cuya absoluta estupidez habían dejado a este chico de la costa Este completamente indiferente (ahora la nostalgia me ha hecho tomarles cariño).

Pero esto..., esto era completamente distinto.

La actividad era hipnótica en su irreal belleza, la elegancia ligera y la alegría irrefrenable de los jinetes de las olas, el poder delicado y ensoñador del medio y su caleidoscópica mutabilidad. También sentía que esta vida iba mucho más allá que ser un vagabundo viajero haciendo giros inesperados. Ocurría algo realmente asombroso y yo lo anhelaba.

Al entrar en el cine Kips Bay en la Segunda avenida, Manhattan, mi vida ya estaba decidida. Sabía desde el momento en que seguí a mi padre al agua para arponear un pez en el extremo de Long Island que el mar jugaría de algún modo un papel crucial en mi vida. De repente había descubierto cuál sería ese papel.

Junté dinero suficiente para una tabla usada y regresé a Montauk Point.

Christopher, igual que prácticamente todos los surfers locales, procedía de algún otro sitio y había llegado a aquel pequeño pueblo de pescadores atraído no sólo por su belleza virgen, sino también por sus circunstancias geográficas únicas. Proyectada sobre la plataforma continental con aguas profundas hasta la misma costa, la punta de Long Island está situada en el lugar ideal para recoger las corrientes que suben al final del verano de los huracanes que asolan el Caribe, así como las olas que generan los sistemas de bajas presiones que salen en espiral del continente. A diferencia de las playas de arena del resto de la Costa Este, desde el oeste de Long Island hasta New Jersey, y al sur hasta Florida, Montauk está bendecida por fondos marinos rocosos y arrecifes, irregularidades en la topografía de la costa que esculpen las olas en formas surfeables. El tramo prístino de costa entre la ciudad y el final de la tierra, unas cinco millas al este, produce olas de calidad similar a las de la Costa Oeste. La base de su economía turística estacional está formada por surfers de los sesenta que trabajan por la noche en bares y restaurantes y que se dejan el día libre para perseguir su objeto de deseo, el surf. Otros atracan en la flota pesquera; una vocación natural de quienes poseen una arraigada afinidad y conocimiento del mar.

Ser un recién llegado, no sólo al lugar sino también a la actividad, resultó bastante complicado al principio. El acoso al que estaba sometido en el agua y las malas vibraciones en la playa fueron mi introducción a la territorialidad que está tan profundamente incrustada en la mente tribal de los surfers. Con 20 años, Christopher era tres años mayor que yo. Hicimos buenas migas y bajo su tutela, a mitad de verano ya me había aceptado como parte de la tripulación. Y gracias a Dios también hacía surf.

Con una cohorte de cómplices vivaqueamos en el camping público al este del pueblo aquel verano y los que siguieron. Le respetaba por su inteligencia, su ironía irreverente, su humor ab-

surdo y su amor por el mar. Era generoso con los errores y perdonaba las imperfecciones de sus compañeros, tenía al mismo tiempo temperamento para la acción e inclinaciones profundamente filosóficas, una rara combinación.

Atraía a gente con puntos de vista y modos de ser dispares. Era el colega favorito de los alborotadores locales para tomar una cerveza, pero también era popular entre intelectuales como Dick Cavett, cuya casa sobresalía en la primera cala al este del camping. Pasaron muchas horas de charla en la playa a lo largo de los años. Christopher se hizo tan amigo del conocido fotógrafo, artista, aventurero y bon vivant Peter Beard que a principios de los ochenta lo invitó a su retiro en Kenia. En África también se alojó durante unas semanas en la sola compañía del hermético conservacionista y escritor George Adamson (famoso por *Born Free*) en su remoto complejo. Las fotografías que le hizo Christopher en 1982 son probablemente las últimas que le tomaron antes de ser asesinado por los terroristas cazadores furtivos.

Sus inclinaciones filosóficas y su sonrisa seductora eran mucho más impresionantes cuando se consideraba su falta de una educación formal y los traumas de una infancia en orfanatos, casas de acogida y reformatorios. El surf le había salvado, declaró y todos sonreímos, asentimos y dijimos amén. Entendíamos lo que quería decir. El surf era un estilo de vida. No, algo más: era *vida*. Influía profundamente en toda nuestra existencia, desde dónde vivíamos a qué coches conducíamos, quiénes eran nuestros amigos, o cuál debía ser el temperamento de nuestra pareja para alcanzar nuestros objetivos, si es que alguno podía sacar la cabeza por encima de nuestra turbulenta y obsesiva pasión por el agua. Pero por encima de todo el surf modelaba nuestra percepción de nosotros mismos y nuestra relación con el mundo.

Una vez en 1970 Christopher y yo estábamos en Tetuán, Marruecos, intentando hacernos con unos kilos de hachís para pasar de contrabando a Estados Unidos (un viaje exploratorio de surf a Europa y África se había transformado en una empresa delic-

tiva). Nos separamos en la confusión del zoco y estaba nervioso en las entrañas de aquel laberinto. De repente aparecieron de la nada tres matones corpulentos con turbante —piel curtida y decorada con tatuajes y cicatrices autoinflingidas, dagas con puño de plata colgando de sus cuellos— que llevaban una bolsa de piel de oveja llena de tabletas de hachís. Comprobé con cuidado el producto y les dije que no había trato. Buscábamos primera calidad y su producto era una porquería.

Durante el tenso silencio que siguió, resonó una vocecilla nerviosa en mi interior que me decía que aquellos tipos sabían que llevaba el dinero en la bota; había tenido que enseñárselo al contacto de ojos esquivos que me había llevado allí. Y por tanto podía esperar (continuó mi vocecilla interior) que se decidieran simplemente a cortarme el cuello y cogerlo, así que quizá sería prudente acordar amablemente el trato y largarse de allí.

Pero venía de dos años de surf de verdad en Hawaii y habló otra voz, fuerte, arrogante y descaradamente imperativa. «Estos bastardos no te pueden hacer nada», estalló la voz. «No conocen el surf de Sunset Beach.» Mantuve firme la negativa. Y la cosa es que asintieron y me dieron el doble cero que llevaban oculto; hicimos el trato.

Y así pasó. Mi entrada al marco mental de los que surfeaban olas aquel verano seminal al este de Long Island se convirtió en un rito de paso, cuyos efectos serían, de hecho, de gran alcance. Pero desde aquel verano del 66 han pasado los años, las décadas, y gradualmente han cambiado los tiempos para la mayoría de la tripulación: los intereses, las obligaciones, los estilos de vida, los compromisos, las actitudes, las lealtades. De la docena que éramos, y no hubo ninguno que no jurara por su alma que permanecerían en la comunidad del surf, entre los devotos, en realidad sólo quedábamos de verdad Christopher y yo viviendo aquella vida.

Tras el portazo de Christopher de Montauk, al principio llegaron postales esporádicas desde el sur. Inconexas, arcanas, des-

hilvanadas, pero al final reveladoras, sus cartas, como su vida, contenían flashes de genialidad, pero carecían completamente de estructura. Entonces llegó la última, hace tres años, un atardecer tropical sobre el mar, y en la parte de atrás manchada y garabateada a mano con letra ilegible y sin fecha la firma a mano de Christopher: «Capitán Cero».

Desde entonces, nada. La prueba, Christopher ya era un desaparecido.

Aunque era improbable que Christopher estuviera tan al norte, le preguntaría a esos chicos por él, como iba a hacer con todos los vagabundos que me encontrara por el camino. Si los años y las décadas me habían enseñado algo, era que con Christopher, con el Capitán Cero, nunca se sabe.

SUR

Vuelas más allá de las llanuras en las que el agua mana de dentro de la tierra y, guiada por el duro trabajo de los hombres, da forma al desierto en prósperas y florecientes hileras de judías y pimientos. Un camión cargado de peones se extiende hacia el norte a hacer esas tareas, con las espaldas encorvadas contra el viento caliente que les llega por la espalda y los sombreros quitados, amortajados con la bandana y las caras quemadas por el sol.